

JAMES POTTER

Y EL
HILO CARMESES



5

G. NORMAN LIPPERT

JAMES POTTER
Y EL HILO CARMESÍ
G. NORMAN LIPPERT

CARIÑOSAMENTE BASADO EN LOS MUNDOS Y PERSONAJES DE J.K. ROWLING

© G. NORMAN LIPPERT, 2017



Capítulo 8

El Hilo y el Broche

Absolutamente nada había cambiado desde la última vez que James había estado en el Mundo Entre los Mundos. Lo percibía no sólo porque lo viera, sino por algo más profundo y más presente en su mente y su corazón. Recordaba que alguien había comentado durante su visita previa: el tiempo no toma tiempo aquí, eso dicen.

Deseó que no hubiera sido Lucy quien lo dijo. Pensar en ella volvía su corazón tan frío y pesado como una piedra.

Silenciosamente, James condujo el camino fuera de la cueva del portal que ascendía y se curvaba por las escaleras talladas sobre la mismísima roca del desfiladero. Debajo de ellos, las olas grises como el hierro chocaban contra el acantilado, elevando una niebla opaca. Eran exactamente las mismas olas que la vez anterior, aún sin ser vistas por otros ojos humanos. El viento estaba tieso pero sin sabor a sal, extrañamente muerto para los sentidos.

Luego de algunos minutos de ascenso (aunque pudieron haber sido horas o incluso días, considerando la banal atemporalidad que envolvía el terrible lugar) la escalera de piedra giraba hacia una amplia planicie, cubierta de un silencioso pasto amarillo. Al final de la meseta se erguía el castillo negro, sus torres y torretas arañando el cielo, sus profundas y altas ventanas observando como cientos de ojos conmocionados.

James tomó la mano de Petra con su mano izquierda, teniendo su varita lista con la derecha. A pesar de todo, se deleitó al tocarla. Era efímero, y pronto lo dejaría para siempre, pero por el momento se impregnó del indescriptible confort de sus dedos entrelazados, guardando el sentimiento en su memoria.

Los tres caminaron en silencio por algún tiempo, acercándose al castillo. A pesar de sus amenazantes torretas y oscuros muros de piedra, no tuvo ningún presentimiento esta vez. Al contrario de su última visita, el castillo ahora estaba completamente vacío. Además, ahora también conocía su historia. El castillo había sido construido como una ruta de escape por amigos de un particular viajero inter-dimensional y su compañero unicornio, ambos habían sido víctimas de malvados magos y brujas del mundo de los humanos. Era la herradura de ese unicornio, hace tiempo extraída de sus huesos, la que había hecho su viaje posible. El castillo era una especie de estación de paso, repleta de portales mágicamente impulsados para llevar a cualquier viajero de regreso a su dimensión originaria. Esto, los constructores insinuaron implícitamente, era preferible al riesgo de interactuar con aquellos que habían asesinado al Jinete y su Montura.

—Ese cielo, —finalmente dijo Zane, manteniendo su voz baja en la invariable luz de medio día. —Parece un bol gigante sacado de lugar y girado sobre el mundo.

—No hay estrellas en ese cielo, —acordó Petra con un escalofrío. —Nunca oscurece. Nunca hay un amanecer o un ocaso. Es sencilla y eternamente invariable. —Apretó la mano de James, —Apurémonos y terminemos con esto.

El castillo se acercaba con molesta lentitud. El viento susurraba en el pasto, y el sonido casi molestando intencionalmente. James se encontró esforzándose por escuchar palabras entre el silencioso siseo. Tembló y sacudió su cabeza.

—¿Estás segura sobre todo esto? —le preguntó a Petra, en parte para distraerse, y en parte porque realmente quería saber. —Quiero decir, ¿Estás absolutamente segura de que no hay otra manera?

Petra soltó un largo y silencioso suspiro. Una vez hecho esto, dijo, —No hay otra forma. Desearía que la hubiera. Donofrio y yo lo hemos discutido una y otra vez. Soy el Hilo Carmesí. Necesitaré su pericia para asumir el rol de Morgana, mi propia versión de la otra dimensión. Pero una vez que lo hayamos hecho, finalmente todo volverá a la

normalidad. Mientras esté en nuestro propio mundo, lo desgarró y lo alejó de su destino original cada vez más. El caos pondrá más que un pie encima ¿Quién sabe cuántas cosas ya son diferentes de lo que deberían ser?

James se encogió de hombros y sacudió la cabeza. —Está bien, algunos Muggles se toparon con Hogwarts, ¿Es eso tan importante? —sabía que estaba simplificando el problema, pero aun así continuó. —Tal vez el mundo realmente estaría mejor si los Muggles supieran de nosotros ¿Nunca lo has pensado?

Ella lo miró y le ofreció una irónica sonrisa. —Lo he pensado. Y tú también. Sabes cómo eso termina. El conflicto y la guerra son inevitables en un mundo conjunto. Pero me refiero a más que eso. Quizás, en un mundo no pervertido e intacto, tú ganaste el torneo de Clutchcudgel para los Pie Grande porque era lo correcto para el equipo, por pura diversión, y deporte, y honor, no porque tenías que hacerlo por mi bien.

Zane tosió. —Y quizás la Profesora Newt le enseña a pasteles de queso a volar y llueve sirope de chocolate los martes.

Petra se rio un poco. —Y quizás Hermione, la tía de James, es la nueva Ministra de Magia.

James intentó reír, pero otro pensamiento lo impactó, y no pudo refrenarse y no decirlo en voz alta. —Quizás mi prima Lucy nunca hubiese muerto en este estúpido lugar muerto.

Petra y Zane se callaron mientras caminaban. James sintió a su lado a Petra asentir lentamente.

No hablaron más hasta que finalmente alcanzaron la apagada sombra del castillo. Como anteriormente, se encontraba encaramado en el mismísimo borde del profundo precipicio, ya fuese porque el acantilado se hubiese socavado debajo del mismo, o porque la estructura no dependía de nada tan prosaico como la gravedad para su construcción. Mirando hacia arriba, James vio esta vez la edificación por lo que realmente era: simplemente un tótem, un monumento pensado para conducir viajeros errantes hacia la cámara principal, un cavernoso corredor rodeado de columnas y arcadas. De cada arcada colgaba una cortina flotante, y James sabía que cada una era un portal dimensional.

A medida que los tres se adentraron, sus pasos haciendo eco en las ensombrecidas y abovedadas alturas, se encontraron con la misma escena que habían abandonado años atrás (o aparentemente). Un amplio piso de piedra se esparcía por aquí y por allá con pasto muerto, estando su centro ocupado por un inconfundible, si bien surreal, arreglo de muebles de dormitorio. Había una cómoda con espejo, una cama, una silla, un tapete



oriental tejido. Una lámpara de pie y su rosa tulipa en forma de tulipán rota en el piso. James recordó su caída cuando Petra había atravesado el "dormitorio", empujando los muebles a un lado sin tocarlos, llena de ira y en persecución de Judith y Morgana.

El hilo carmesí simbólico, extraído del Telar de la Bóveda de los Destinos, había acompañado a Morgana hasta allí, esperado con ella, enroscado alrededor de un Broche ópalo.

James recordaba la versión de Petra de ese mismo broche. Ella lo había usado en su abrigo durante su viaje por el océano, aparentemente un regalo de su padre fallecido, comprado cuando ella aún estaba en el vientre de su madre. Petra había perdido su versión del broche cuando había caído de la popa del barco (y había estado tan descorazonada al respecto que casi se había tirado a buscarlo y encontrado su propia tumba de agua).

En cambio, Morgana, la Petra de otra realidad, nunca había hecho ese viaje por el océano. Su versión dimensional del broche nunca se había perdido en el mar. En lugar de eso, descansaba en esa mismísima cómoda, brillando con el rojo del hilo enroscado alrededor.

Sin embargo, James podía decir aun antes de alcanzar el desordenado mueble que la superficie de la cómoda ahora estaba vacía. Ni siquiera había polvo en su plana superficie.

Petra frenó su marcha.

— ¿Dónde está? —susurró alarmada.

—Lo recuerdo, —dijo Zane, adelantándose, y luego mirando para atrás. —El hilo estaba aquí, enroscado alrededor de una joya. Debe haberse caído.

James reflexionó sombríamente, —Tal vez Judith regresó por él.

Pero Petra estaba sacudiendo su cabeza. —Nadie puede tocar el hilo excepto aquella persona a quien representa ¿Recuerdas?

James lo recordaba. Había intentado agarrar el broche y el hilo él mismo, sólo para conseguir congelarse completamente de la mano al codo.

—Miren alrededor, —sugirió Zane. —Separémonos. Revisen cada rincón.

Lentamente, los tres comenzaron a recorrer el juego de muebles dispersos, expandiéndose en arcos cada vez más grandes. James se inclinó por la cintura, sus ojos ampliamente abiertos, barriendo los bloques de piedra, escrutando cada grieta. Pronto,



se encontró moviéndose alrededor de los arcos con portales y sus cortinas flotantes. Se percató que cada portal emitía un débil sonido: un bajo y repetitivo susurro cantado, como el que había creído escuchar en el pasto de la planicie.

Mantuvo la distancia mientras examinaba alrededor de los mismos lo más cercanamente posible. ¿Era posible que el broche y el hilo hubieran rodado hasta atravesar un portal? Seguramente, los portales dimensionales sólo eran funcionales con seres vivos, ¿no?

Aún inclinado por la cintura, estudiando las grietas del piso, casi se choca con Zane.

—Esto no luce bien, —susurró el chico rubio. —Algo o alguien debe haber llegado antes que nosotros.

James no quería admitir que su amigo tenía razón. En la boca de su estómago, sin embargo, tenía la más débil y burlona sensación de otra presencia en el castillo. No Judith esta vez, sino una sensación cada vez más profunda de ser observado. Miró a su alrededor impotente.

La voz de Petra resonó desde el otro lado de la habitación, despertando un revuelo en los altos techos. —¡Lo encontré! —exclamó alegremente. —¡Estuvo aquí todo el tiempo! Se cayó en uno de los cajones parcialmente abiertos y...

El suelo de piedra se estremeció de repente, tan fuerte y violentamente que tumbó tanto a Zane como a James. Cayeron hacia atrás sobre los bloques de piedra, los cuales se agrietaron a su alrededor. Aparecían hendiduras profundas y serpenteaban en todas direcciones, estallando en fino polvo. Todo el castillo parecía balancearse con la ferocidad del terremoto. Profundos y alarmantes crujidos y chirridos llenaron la habitación, mientras el polvo se cernía, nublando el oscuro aire.

—*Petra Morganstern*, —anunció una gran y atronadora voz que resonó tan ampliamente que vibró en todas las superficies.

James reconoció la voz, y su estómago pareció caer por todo el suelo.

La luz vibró, iluminando la habitación cavernosa como un destello de relámpago púrpura, grabando a la perfección sombras negras detrás de cada pilar y arco, convirtiendo cada grieta extendida en un abismo.

Zane agarró el brazo de James, apretando fuerte.

—¡Es Merlín! —exclamó, con la voz apagada por el siniestro ruido.

En el centro del piso había una figura alta, con un báculo en la mano derecha. El báculo ardió con fuego púrpura, rugiendo débilmente y emitiendo ese cegador y frío resplandor. Más allá de él, volviéndose hacia la forma repentina, Petra ajustó los hombros, cerrando el puño sobre el broche y el hilo en su mano derecha.

—Director, —dijo tranquilamente, y su propia voz resonó por toda la habitación, aunque clara como campanas de cristal. —No debió haber venido. No quiero terminar con usted.

—Tampoco yo, —dijo Merlín con sincero pesar. —Me convocaron en el momento en que tocaste el hilo, como rito de mi custodia tanto de ti como de nuestro mundo. Entrégame el hilo. Vuelve conmigo como tu aliado, no como tu custodio.

Petra estaba sacudiendo la cabeza. —No puede sostener el hilo. Solo yo puedo. Porque ahora pertenezco al mundo y a la dimensión de donde proviene. Por favor, no se me oponga.

James todavía tenía su varita en la mano. La apuntó hacia la espalda ancha de Merlín, sin siquiera saber qué hechizo quería lanzar. Sin embargo, Zane agarró su muñeca y la empujó hacia arriba.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó en el oído de James. —¡No podemos luchar contra Merlín! ¡Trajimos *cuchillos* a una pelea de *pistolas*!

—¡Déjame! —insistió James, luchando, pero ya era demasiado tarde. Una onda de energía mágica lanzó a ambos muchachos hacia atrás, emanando desde el punto en que los poderes de Merlín y Petra chocaron repentinamente. James luchó contra la fuerza de la misma, pero fue una explosión constante, fluyendo a través de su cabello y azotando su ropa. Empujó laboriosamente sus pies contra la ráfaga que clamaba y tensó los ojos, desesperado por ver. Sin embargo, mientras lo hacía, una oleada de inexplicable debilidad se apoderó de él. El mundo se volvió gris y se sintió tambaleándose, como si alguna fuerza secreta estuviera aspirando su energía. Zane lo agarró, sosteniéndolo erguido mientras las rodillas de James se aflojaban debajo de él.

Frente a ellos, Petra y Merlín estaban encerrados en una batalla repentina, ella con el brazo derecho extendido y la palma abierta, él con su bastón extendido. Conectando entre ellos, los dos rayos de energía cegadora convergían y se eliminaban el uno al otro, creando un vendaval mágico constante. El poder de Petra era de un azul pálido, volando como fragmentos de hielo. El de Merlín era púrpura eléctrico, chisporroteando con bifurcaciones de relámpagos.

En el punto en que ambos rayos chocaron, terminando cada uno en una aniquilación apocalíptica, una pequeña forma flotó, girando lentamente en el aire. Era el



broche con el hilo entrelazado alrededor. Mientras James miraba, debilitado y somnoliento, la forma se retorció, primero dirigiéndose hacia Petra, y luego lanzándose de nuevo hacia Merlín, encerrado en un movimiento paralizante.

Estaban peleando a través de él, atrapados en un devastador forcejeo. James tuvo un momento para maravillarse: si así son de poderosos Petra y Merlín cuando estaban separados de sus elementos (ella de la ciudad y él de la naturaleza), entonces James y Zane eran muy afortunados. Seguramente no podrían haber sobrevivido de otra manera.

Y sin embargo, el propio James se sentía extrañamente gastado, como una cáscara, escurrida y marchita. Dio un suspiro, volviendo a ponerse en movimiento. Torpemente, se liberó de Zane y volvió a apuntar su varita a Merlín, esperando que pudiera distraerlo, si no más. Escogió un hechizo de desarme, lo pronunció lo más fuerte que pudo, pero la varita en su mano no hizo ni chispa.

— ¡No es bueno! — Zane gritó contra el torrente de magia y el terremoto del castillo.
— ¡Están sacando su poder de todas las fuentes, incluyendo nuestras varitas! ¡No queda nada para nosotros!

No solo están drenando el poder de nuestras varitas, pensó James. Ella, al menos, me lo está quitando. Desde el cordón invisible que nos conecta. ¡Soy su batería!

— ¡FUERA! — la voz de Petra repentinamente sonó, tan fuerte y resonante que tembló el aire, armando armónicos de reverberación en las mismas piedras y bloques del castillo.

— ¡Ella se refiere a nosotros! — gritó Zane, agarrando de nuevo el brazo de James. — ¡Todo el lugar está cayendo!

James lo sintió ahora. El suelo se inclinaba desastrosamente, inclinándose cada vez más. Los pilares crujieron y se inclinaron, comenzando a derrumbarse como si estuvieran en cámara lenta. Y todavía James no podía apartar los ojos de Petra.

— ¡Tenemos que salvarla! — gritó, y se lanzó hacia adelante, reuniendo cada onza de fuerza que podía. No sabía lo que quería hacer. Tal vez simplemente se lanzaría contra Merlín por detrás, golpeando al gran hombre. Sabía que tenía tanta posibilidad de hacerlo como levantar el castillo de Hogwarts con el dedo meñique, y sin embargo no podía detenerse.

Así es como Lucy murió, se dio cuenta cuando corrió. El pensamiento era extrañamente reconfortante.

Estaba a diez pasos de distancia cuando sucedió.

El broche, aún encerrado en la conflagración entre los rayos de Petra y Merlín, comenzó a girar más rápido. Cuando lo hizo, el hilo se desenrolló de él. Fluía a lo largo de la corriente helada de Petra, que se extendía hacia ella, mientras el broche se desvanecía en un borrón, retrocediendo por el rayo púrpura de Merlín, atraído hacia su poder.

Las dos partes se separaron con una ráfaga explosiva que extinguió ambos rayos. El hilo se dejó caer en la mano abierta de Petra mientras el broche se dirigió hacia Merlín. Y entonces ambas figuras fueron oscurecidas por un trueno de energía rebotante.

James salió volando y rodó, golpeándose los codos y las rodillas dolorosamente a lo largo del suelo roto. Un momento después, su rostro estaba lleno de hierba seca. Se revolvió, sin siquiera saber qué camino había tomado, y se lanzó torpemente a sus pies en el borde de la meseta, a la sombra del castillo inclinado.

Su fuerza había regresado a él, pero apenas se dio cuenta. El ruido de la explosión no había disminuido. Crecía, y James comprendió por qué. Lentamente, desastrosamente, el castillo caía sobre el acantilado. Eran las torres negras y capiteles que aún se elevaban sobre él, pero parecía inclinarse lentamente hacia atrás, desmoronándose en un ligero borrón mientras cada ladrillo empezaba a separarse, cada ventana se disolvía de verdad, cada cono de su techo comenzaba a implosionar sobre sí mismo.

La voz de Zane era un ligero gemido contra el rugido. —¡James! —gritó, alejándose de la ruina colapsada y agitando ambas manos frenéticamente. —¡Corre! ¡Corre!

—¡Petra! —gritó James, convulsivamente y tropezando en la sombra descendente.

Pero ahí estaba ella. Los pilares colapsaban y se derrumbaban detrás mientras ella se lanzaba hacia adelante, con su rostro manchado de suciedad, sus jeans rotos, mostrando los raspones sangrientos de sus rodillas magulladas.

James la alcanzó, agarró su mano mientras perdía el equilibrio y empezó a caer. La empujó hacia adelante, incluso cuando el castillo cedió completamente detrás de ella, contrayéndose en sí mismo y descendiendo más allá de la meseta como un tren de carga vertical, tomando gran parte del acantilado con él.

—¡Vaya! —jadeó Petra mientras James la empujaba hacia adelante, sobre la hierba silbante. —¡No ha terminado! ¡Todavía viene! ¡VAMOS!

Luchó por recuperar el equilibrio y se lanzó hacia adelante, ahora tirando de James a su lado.

Detrás de ellos, una explosión de agua gris y opaca, tan alta y ancha como una montaña, rugió en el aire, borrando el cielo opaco y proyectando sombras sobre la meseta.

Zane corría delante de James y Petra, pero miró por encima del hombro ante el ruido y la repentina sombra. Tropezó, con los ojos muy abiertos, y Petra cogió su cuello con su mano libre arrastrándolo hacia adelante también.

Rayos salían desde la pared de agua, que caía en torrentes ahora, revelando un núcleo brillante más allá. James no tenía que preguntar qué era ese núcleo. La forma descendió del aire y pisó los escombros de la antigua huella del castillo, sacudiendo toda la meseta.

—¡PETRA MORGANSTERN! —gritó Merlín con una voz de trueno.

—¡Corran! —jadeó Petra, sin aliento —¡Corran!

Los tres corrieron. Corrieron como si nunca hubieran corrido en toda su vida.

Llegaron a la escalera de piedra y casi se lanzaron sobre el borde en su pánico. Girándose y subiendo de a dos, incluso tres escalones a la vez, se dejaron caer, siguiendo la curva de los acantilados y descendiendo hacia las olas abajo.

Merlín estaba llegando. La meseta temblaba con el estremecimiento de sus pasos. La luz de su báculo florecía de nuevo desde el cielo bajo, lanzando sombras duras, moviéndose en cada grieta y fisura. Merlín, de alguna forma, era su propia batería. Y su poder, aunque sólo temporal, era todavía terrible.

Finalmente, agotados y con pánico, los tres tropezaron en la cueva del portal.

Sólo que el portal, que ahora veían mientras se deslizaban a una parada horrorizada, no estaba allí.

Los ojos de James tambalearon en la penumbra. Él sabía lo que debían haber encontrado: la puerta de la mansión Apolo, vista desde el interior, abierta y mostrando la reconfortante pendiente de la colina de la victoria y el cuadrilátero más allá. Pero no había puerta abierta, ni luz de noche reconfortante. No había escapatoria.

El suelo tembló. El ángulo de la luz púrpura en el exterior cambió ahora, reflejándose directamente sobre las olas que se estrellaban y se levantaban. Merlín había llegado a las escaleras.

— ¿Dónde está la puerta? — grito Zane, su voz una octava más alta de lo normal. Se tambaleó hacia delante y se sentó a ciegas, agitando los brazos. — ¡Debería estar aquí! ¡Este es el lugar! ¡Nuestras huellas todavía están aquí desde que llegamos! ¡Puerta, por favor! ¡Muy por favor, con azúcar en la parte superior!

Una voz aguda y amortiguada repentinamente gritó desde el lado derecho de James. — ¡Insignificante estúpido!

Era el pato en el bolsillo, por supuesto. Frenéticamente, tiró de él y lo miró. Una sola palabra estaba escrita en él, toda con mayúscula: ¡MERLIN!

— Genial — asintió James, volviendo a meter el pato en su bolsillo. — Realmente útil, Rose.

— Tiene que haber quitado la herradura — dijo Petra en voz baja, con los ojos pensativos. — Don tuvo que cerrar el portal por un momento. Alguien debe haber venido. Lo devolverá. Sólo tenemos que esperar.

— ¡No creo que esa sea una opción por mucho más tiempo! — exclamó Zane con alegría maniaca.

— Ven aquí — dijo Petra, acercándose a Zane con la mano derecha y tomando a James en su izquierda. — Tenemos que estar listos.

Zane se acercó a Petra, pero mantuvo su rostro en la entrada de la cueva. Temblando, extendió su varita.

— ¿Cuál es el mejor hechizo para usar en un hechicero? — preguntó, su voz se quebró.

Petra consideró esto por un momento mientras el suelo se sacudía. — ¿Cuál es el peor hechizo que conoces?

— ¡Ummm...! — Zane parpadeó.

Petra asintió enérgicamente. — ¡Ése no!

Una sombra se movió fuera de la boca de la cueva. Guijarros y granos llovían desde el techo.

En la oscuridad de la cueva, la puerta de la mansión Apolo apareció, floreciendo con el resplandor nocturno.



—¡Ahora! —gritó James, tirando de Petra hacia adelante mientras se lanzaba. Ella arrastró a Zane detrás de ella, incluso cuando una forma se alzó frente a la boca de la cueva, bloqueando la luz.

El siguiente paso de James tropezó con los escalones de la mansión Apolo. La puerta se cerró detrás de él cuando Zane atravesó, casi botándolo.

—¡La herradura! —gritó James, su aliento casi desaparecido, apenas produciendo un crujido seco. —¡Sácala! ¡Sácala!

De pie junto a la piedra angular, parpadeando de sorpresa con sus manos todavía sobre la forma plateada, Donofrio Odin-Vann arrancó la herradura de su cama grabada.

Las brillantes luces doradas de la mansión Apolo se apagaron.

El portal estaba cerrado.

James se desplomó más allá de Petra, bajó los escalones y se adentró en la exuberante hierba de la Colina de la Victoria. Zane lo siguió, jadeando y casi riendo de alivio histérico.

—¡Alguien volvió por una bufanda! —exclamó Odin-Vann, corriendo a su encuentro, con la herradura en la mano, —¡Alguien llamado Perkins! Le dije que no podía entrar aún por los caracoles venenosos. ¡Él discutió conmigo! ¡Dijo que si ese loco zombi Zane Walker podía controlarlos, también podría él! ¡Tenía que dejarlo entrar! ¡Puse la llave en su lugar tan pronto como pude!

Sin palabras, James levantó el pato de goma en la mano, mostrando a Odin-Vann la palabra garabateada a través de este en las precipitadas mayúsculas de Rose. El rostro del profesor se quedó flácido y ceniciento por el shock. Después de un segundo, sus ojos se lanzaron desde el Pato, hacia James, hacia Petra.

—¿Lo consiguieron? —preguntó, su voz era una cáscara hinchada.

Zane asintió cansinamente, todavía titubeando con risa nerviosa. —Tuvimos éxito. Estuvo cerca, pero lo logramos.

James miró hacia donde Petra seguía de pie en los escalones. Las rodillas de sus jeans colgaban de tiras deshilachadas, manchadas con su sangre. Su cabello era salvaje y enmarañado por el polvo, aferrándose a sus mejillas sudorosas y ocultando sus ojos. Levantó una mano y mostró su palma abierta. En ella, pareciendo nada más que una bola de pelusa roja, estaba el hilo carmesí.



—Tenemos el hilo —dijo, con su voz monótona, baja y hueca. —Pero no tuvimos éxito.

Y de repente James comprendió lo que quería decir.

Petra pudo haber dicho a todos, incluso a Odin-Vann, que su misión era recuperar el hilo carmesí. Pero Petra había ido al Mundo Entre los Mundos por su propia razón, una razón por la que ella se podría haber preocupado más.

Había ido a reemplazar el broche perdido de su padre.

Y en esa tarea, tristemente, había fracasado miserablemente.